

**JUAN CARLOS GIRALDO**

**DE**  
**RASGUÑO**  
**Y OTROS SECRETOS DEL BAJO MUNDO**

**ICONO •**

**icono** •

2007, Juan Carlos Giraldo  
2007, Icono Editorial Ltda.  
Calle 73 No. 0-05 Este  
Telfax: (57-1) 321 07 27  
Bogotá, D.C., Colombia  
[www.iconoeditorial.com](http://www.iconoeditorial.com)

**Diseño:**

Nancy Cruz

ISBN: 978-958-97842-6-6

Impreso en Colombia  
*Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta publicación, mediante cualquier sistema,  
sin previa autorización escrita de la editorial.

# Contenido

Prólogo: Personas y personajes <i>por Juan Gossáin</i>	11
I La confesión de Rasguño	15
II La vuelta fue sencilla	43
III Cuando vuelvas...	59
IV El «suizo» que voló el avión de Avianca	75
V El último de Los Hermanos de la Sombra	95

VI	
Por fin mataron al flaco Arana	117
VII	
La venganza de Antoine	123
VIII	
El monstruo está libre	131
IX	
Peluches, goles y putas	147
Ilustraciones	157

## Prólogo: Personas y personajes

*por Juan Gossain*

Alguna vez escribí que, al contrario de lo que suele ocurrir en países tan tranquilos como Suiza y Canadá, la gente de Colombia se merecería una realidad que estuviera a la altura de su imaginación. Porque la carga poética que los colombianos llevan por dentro, hecha de poesía y de música, de fantasía y de cuentos, se revienta cada mañana contra la dura realidad de la violencia, el sobresalto y la tristeza. Las páginas que vienen a continuación son una prueba que me saca bien librado de ese argumento.

De otra parte, y como una consecuencia de la batalla desigual entre la realidad malvada y la imaginación risueña, es apenas natural que haya surgido una generación de periodistas preocupados no sólo en mantener informada a la sociedad de lo que está pasando, sino que, además, tratan de perpetuarlo en libros de crónicas, ampliaciones de entrevistas y relatos de toda índole. En esa avalancha de publicaciones, que no dan abasto ni tiempo suficiente para leerlas, existe una variedad casi infinita: trabajos juiciosos de investigación al lado de basura literaria, periodismo de buena ley, puro como los metales antiguos, al igual que trampas de mala calaña en las que intentan meterle a uno gato novelístico por liebre re-

porteril, pero el lector avisado les descubre a leguas el andamio de cobre en que están montadas.

Lo que siempre me cautiva en el caso de Juan Carlos Giraldo, tanto en esta obra que ustedes tienen ahora entre sus manos, como en las anteriores, es precisamente esa virtud profesional: que respeta el tratado de límites que hay entre las noticias y la ficción, aunque en la vida cotidiana a veces parece que ambas se corrieran la cerca, como los malos vecinos, invadiendo las tierras ajenas.

Hoy en día, cuando en Colombia es cada vez más difícil distinguir lo uno de lo otro, Giraldo tiene el taletto que se necesita para demostrar que una cosa es un *personaje* de novela y otra, muy distinta, es una *persona* de la vida real. Tengo para mí que la diferencia radica únicamente ahí, en la carne, los cartílagos y el hueso.

Hemingway, ese reportero insuperable y novelista desigual, decía que cuando uno escribe de lo que no conoce, lo que queda en el centro de la narración es un hueco. Tras largos y fructíferos años en el ejercicio de la reportería judicial —a la manera de Truman Capote, desconfiando de la ley y de los delincuentes, pero también con el ojo abierto y el corazón en la mano—, Juan Carlos Giraldo sabe lo que hay en el centro de estas historias: son tan excéntricas que no requieren de ayuda fantasiosa.

Se trata, en resumidas cuentas, de contar el cuento bien contado. Ésa es la gracia. Pero si es cierto que hay en el periodismo una ética de la verdad, un respeto a la testarudez de los hechos, también existe una estética de la verdad que consiste en contarla bien contada. Basta con leer los primeros párrafos de este libro, que comienza

con la descripción sustantiva y vibrante de un simple calabozo, sin ripios retóricos, para darse cuenta de que Giraldo cumple su tarea con ambas condiciones.

Una noche, cuya fecha ya he olvidado, se me pidió que presentara ante un público de escritores y periodistas el libro anterior de Giraldo. Dije entonces, con esa facultad adivinatoria que tenemos todos los poetas, que Colombia era, como los personajes en el famoso drama de Pirandello, un país en busca de autor. Sugerí que Giraldo sería con el tiempo uno de ellos. Aquí está la demostración. Un reportero, al fin y al cabo, no es más que un notario de la historia. «Notarios de lo notorio», los llama, con su tino acostumbrado, el profesor Villalba Bustillo, recordando las piruetas verbales de don Ramón.

# I

## La confesión de Rasguño

La celda en la que lo tienen no mide más de tres metros cuadrados. Es gris toda, como una piecita de barrio pobre en obra inconclusa, fría y fea. Lo único que le da algo de vida son los avisos escritos a mano y en lapicero sobre las paredes. Son anuncios bíblicos rasgueados por hombres contritos que, precisamente, hablan del arrepentimiento. Del perdón de los pecados, de Cristo, de Dios. Plegarias burdamente estampadas en tinta negra. Una de ellas, muy apropiada, reza: «Quien se arrepiente y confiesa sus pecados, será salvo». Rasguño la lee con cierta sorna que se refleja en una sonrisa pequeña.

Su verdadero nombre es Hernando Gómez Bustamante, y le dicen Rasguño desde muy joven, porque cuando ya circulaba en el mundo del hampa organizada, un tiro de pistola automática que le hicieron a quemarropa, apenas le rozó la piel de su cara.

Es un hombre de contextura normal, no tan pesada y gruesa como se le ve en la televisión cuando hablan de él y su situación. El gran capo de capos, como lo tilda la Policía colombiana, no mide más de 1,70 de estatura, pesa unos 80 kilos, y tiene cara de hombre amable. Es de movimientos lentos. Para hablar, caminar, mirar, y hasta

para sonreír. Y camina con lentitud, según lo explica él mismo, porque tres hernias en la columna casi lo postraron.

Visto de cerca, de frente, parece más bien un artesano de pueblo, con todo y sus gafas de lentes cuadrados y pequeños; ayuda a sostener su humanidad con un bastón hecho en cedro inmunizado, que se lo fabricó y vendió un preso pobre, del pabellón de los guerrilleros; lo hizo especialmente para el capo, pues el extremo superior, el que recibe el apoyo de la mano, es una cabeza de caballo de paso fino, una de las grandes pasiones del dueño. Pero Rasguño lo quedó debiendo. No lo pudo pagar porque en esta reclusión, construida por el Buró de Prisiones de Estados Unidos, no se permite el porte de dinero en efectivo.

Si no fuera por el saco abierto de lana que lleva puesto, de marca extranjera, Tommy Hilfiger, y la sudadera azul oscura y zapatillas de tacón alto, ambas Adidas, pasaría desapercibido entre los demás reclusos, incluso en cualquier centro comercial de ciudad.

Explica que las gafas las usa porque nunca pudo operarse los ojos. La última vez que lo intentó, en Medellín, dejó al médico con el bisturí en la mano, porque alguien le avisó que Pablo Escobar había montado un operativo para matarlo ese día, en ese sitio. Huyó.

El capo de capos, el último rey de la droga en Colombia, tiene aspecto bonachón. Pero no es la mansa paloma que parece. El país y el mundo ya han empezado a escuchar sus confesiones de delitos varios, que van desde el envío de miles de toneladas de droga a Estados

## II

### La vuelta fue sencilla

«Vea parece, esa vuelta fue sencilla. Se la voy a contar».

Es 2 de diciembre. Nicolás Escobar Urquijo está sentado en una silla de computador frente a su portátil. Es un hombre inmenso, de unos 130 kilos, de cara ancha y brazos obesos. Viste unas bermudas blancas americanas, chancas de cuero, camiseta de marca, reloj de oro, y de su grueso cuello cuelga una cadena que debe pesar unos dos kilos. Es un hombre de hablar sencillo; se puede decir que es una persona modesta, tranquila y conciliadora. No fuma, bebe poco, y cuando lo hace prefiere las cervezas que le mandan de Alemania.

Es 2 de diciembre, día de aniversario. Su tío, Pablo Escobar Gaviria, el mundialmente famoso jefe del cartel de Medellín, cumple diez años de muerto. De la pared del improvisado estudio de su oficina, en las afueras de Manizales, cuelgan varias fotos en las que el mismo Nicolás aparece piloteando carros esferados de los que no tienen motor de gasolina, pero que se impulsan sólo por la inercia de las pendientes de la ciudad, a velocidades insólitas. Las fotografías lo muestran alzando trofeos y copas. Es campeón y siempre lo ha sido en todas las categorías. Ahora, además, es organizador de eventos deportivos.

De entre las fotos sobresale una imagen enmarcada, hecha en lápiz, del rostro de su tío Pablo. El gran capo de capos. Está aislada de los demás cuadros.

«Ése me lo regaló una pinta que pasó por aquí una tarde. Un admirador de mi tío. Nunca más lo volví a ver, ni siquiera me cobró el dibujo. Le prometí que lo colgaría ahí donde está ahora, y ahí lo tengo.

»Pero déjeme contarle lo de la vuelta, parece. Hoy sí quiero contarla, hoy que estamos de aniversario y las cosas ya están calmadas.

»Como le decía, parece, esa vuelta fue muy sencilla. Esa noche estaba yo solo en mi casa, en Medellín, y llegó una persona y me llamó y me dijo: “Hermano, cómo le parece que acaban de matar a *Chepe* Santacruz”. Yo dije: “Huuy, cómo así hermano que mataron a ese señor”.

»Yo me sorprendo todo, hermano, y entonces llamo a un periodista de una agencia extranjera y le digo: “Hermano, usted que es de la prensa, güevón, por qué no me hace el favor y se sube en pura verraca y me certifica esto a ver si es verdad o es mentira”. El hombre arranca y ve que sí es cierto y me llama por celular.

»Entonces comienzo a hacer los contactos para llamar a Cali, para ubicar pues a la gente que trabajaba con ese señor. Yo llamé y les dije que habían matado a ese señor, al patrón, al jefe de ellos. Primero llamé a la esposa de él, y ella me dijo que cómo así, y yo le dije que sí, que se había muerto. Me dijo que le certificara que sí era él. Le dije: “Señora, tenga plena seguridad que sí es él, porque yo mandé a un periodista amigo que revisara y él fue el primero que hizo la grabación allá”.

»Entonces la señora me pide que le dé un número de teléfono para localizarme, mientras ella ubicaba a un señor que, según ella, era el que siempre andaba con don Chepe para arriba y para abajo. Y efectivamente, como a la media hora me llama un señor que se identifica como Cejo. El hombre se presenta y charlamos ahí un rato y luego me pregunta otra vez que si es verdad lo de la muerte del patrón, y yo le vuelvo a repetir la historia que le eché a la señora y le conté lo del periodista amigo que ya hasta había hecho la filmación. El tal Cejo se queda callado un rato y luego me dice: “Ay, hermano, Dios mío bendito, ahora qué vamos a hacer. Yo voy a ver cómo hago para mandar a recoger a ese señor allá”.

»Entonces, pues yo vi que esa gente no tenía ninguna posibilidad de venir a recoger a ese señor, pues como se sabe ellos también eran perseguidos como lo fuimos nosotros de esa manera tan tenaz. Y pensé: “Ahh, qué va hombre, un gesto humanitario lo puede hacer cualquier persona”.

»Entonces decidí decirles: “Sabe qué, si ustedes quieren, yo con mucho gusto me encargo de organizar todo, de recoger al señor, y lo organizo para llevárselo a ustedes a Cali”.

»El hombre, muy agradecido, me dijo que me agradecía en el alma que yo les hiciera ese favor, que les colaborara con eso, que porque ellos cómo iban a hacer para bajar a Medellín. Yo creo que eran como las doce de la noche.

»Yo de una llamé a una señora que es la que siempre nos ha colaborado con lo que son los muertos de

### III

## Cuando vuelvas...

«Mi nombre artístico es Tatiana. Mi verdadero nombre lo sabrás después. Por ahora eso no importa. Llámame Tatiana, aunque también podría ser otro el nombre. Eso depende del pueblo donde uno esté trabajando. En mi caso, escojo los nombres de acuerdo al clima o al ambiente. Por ejemplo, en Manzanares me llamaban Vanesa; en La Dorada, Patricia; en Fresno, que es un poco más frío, Paola. Y aquí, Tatiana. Ése es mi nombre artístico, el que más me gusta de todos».

Tatiana hace una pausa. Me mira y, sonriente, sostiene sus enormes senos con ambas manos, los levanta y agrega: «Además, va con mi personalidad».

Y prosigue:

«Hay chicas que utilizan nombres de artistas, de esos que ven en el cine, o los de las cantantes famosas como Madonna, Britney, Cristina o Jennifer. Es fácil acostumbrarse a un nuevo nombre. Tiene sus ventajas: si te metes en líos, te vas y es más difícil que te encuentren. Yo la cédula, la verdadera, la de mi nombre real, no la cargo. Mi mamá la tiene y sólo la utilizo cuando necesito hacer vueltas del colegio del niño o ir a un hospital. De resto, con la chapa. La otra ventaja es que una no se bo-

letea con la gente dura de los pueblos. Bien sea gente de la guerrilla o de los *paraguayos*. Por aquí los pueblos están repartidos. En uno manda la guerrilla y todo el mundo está con ellos; en otro, los que dan las órdenes son los paracos. Tienen bien rapartidito el territorio. Yo conozco gente de pueblos de paras que no pueden ir a los pueblos de guerrilleros, porque los tildan de enemigos y hasta los matan. Así no sean de uno u otro bando los quiebran por el solo hecho de venir de determinada zona donde domina el otro. Mejor dicho, mostrar la cédula es lo más peligroso del mundo.

»En esta zona hay mucha gente desaparecida. Si usted se fija bien, en los postes de estos pueblos, las tiendas y los muros de las escuelas y los colegios hay avisos con fotografías de muchachos y jovencitas desaparecidas. Pelaos de 16, 18 ó 20 años que una vez salieron de la casa y nunca más volvieron. Dueños de puestos de líchigo en la plaza de mercado, taxistas, vendedores ambulantes, prostitutas, maricas, basuqueros, jíbaros. Toda clase. La gente se desaparece así como así, y nadie dice nada. Nadie demanda, nadie reclama. Es como algo natural. La Policía no da razón, el alcalde menos, y la gente que vio se queda callada, pierde la memoria, se vuelve. Y hasta razón tienen, les da miedo a que les pase lo mismo. Un amigo de mi mamá vio cómo mataban a un tipo en la plaza de mercado, en pleno domingo al mediodía. Al otro día se tuvo que ir del pueblo. La esposa fue a hablar con el segundo comandante para suplicarle que no le fueran a hacer nada, pero el hombre la única alternativa que le dio fue dejarlo ir del pueblo. Y así ocurre en todos estos

## IV

### El «suizo» que voló el avión de Avianca

El curtido investigador judicial, al que simplemente le decían Carrillo, llegó al lugar de los hechos seis horas después de divulgada la noticia de la caída de un avión jet de la empresa Avianca, con 101 pasajeros y seis tripulantes a bordo.

La aeronave HK 1803, que debía cubrir la ruta Bogotá-Cali, había salido del Aeropuerto Eldorado a las siete y trece minutos de la mañana de ese lunes 27 de noviembre de 1989.

El Boeing 727-100 cayó del cielo cuando volaba a 10.400 pies de altura, y se desparramó en mil pedazos sobre una montaña rocosa, en jurisdicción de la población de Soacha, ubicada al extremo sur de la capital colombiana.

Muchas personas vieron cuando explotó en el aire y pudieron observar los pedazos del aparato cayendo a tierra. Esas mismas personas llamaron a las emisoras locales y nacionales, pero nadie quiso dar crédito a «semejante vaina», a esa hora de la mañana, cuando el cielo se abría y daba paso a un sol radiante que comenzaba a iluminar la ciudad.

El investigador Carrillo era el duro de los explosivos en el naciente Cuerpo Especial de Investigaciones de

la Unidad de Instrucción Criminal. Cuando llegó al lugar de los hechos o, dicho en términos judiciales, a la escena del crimen, ya se encontraba invadido de periodistas, camarógrafos, fotógrafos, policías, curiosos y saqueadores que aprovechaban cualquier descuido de la sorprendida autoridad para hacerse a una prenda, un collar o un reloj. Partes de cuerpos se encontraban regadas en un radio de unos tres kilómetros, vísceras humanas y retazos de ropa colgaban de las ramas de los eucaliptos que abundan en ese lugar. El espectáculo era macabro. Nadie se salvó.

Un pedazo de unos doce metros del fuselaje del avión fue la parte más intacta que quedó. Tres letras de la palabra Avianca se podían leer sobre un fondo rojo y blanco, los colores oficiales de la empresa aérea más grande e importante del país.

Carrillo era un hombre muy conocido en los pasillos judiciales por todos los periodistas que cubrían las noticias de su sector, y seguramente por eso fue abordado de inmediato cuando los comunicadores descubrieron su menuda figura agazapada a un lado del fuselaje, tomando las primeras impresiones de la tragedia.

¿Accidente, falta de gasolina, falla humana, mal tiempo? Todos sus amigos periodistas le querían preguntar, al mismo tiempo, en desorden. «Fue un atentado terrorista», se atrevió a asegurar, no sin antes advertir que lo decía «*off the record*», pues aún era muy prematuro hablar de forma oficial.

Carrillo tomó del brazo a uno de los periodistas que más le generaba confianza, y apartándolo le confió el

## V

### El último de Los Hermanos de la Sombra

La cita es a las dos de la tarde, pero Fernel llega una hora después. Saluda con palabras cortas, sin mirar a los ojos. Se excusa, sin embargo, por haber incumplido, pero explica que lo hizo a propósito, por seguridad.

«Tenía que estar seguro que no se trataba de la gente del DAS que me anda buscando, o de pronto de gente del diablo que me han estado tendiendo trampas».

La cita fue en el barrio La Popa, del municipio de Dosquebradas, a una media hora del centro de Pereira. La tarde no está caliente, es el mes de enero, pero sí se siente bochornosa. Húmeda, desesperante.

Un pastor evangélico prestó su oficina personal, en medio de una bodega en la que el dueño guarda ropa barata para la venta. Una mesa, dos sillas Rímax, una mesita de teléfono sin teléfono y un ventanal, que parece enorme para el tamaño del lugar, enmarcan el encuentro. A través del vidrio de la ventana gigante se cuele un rayo de sol que parece artificial, como de una lámpara dispuesta especialmente para un evento. Por fortuna hay un ventilador de trípode, de esos de esfera grande, que ilumina el ambiente con una agradable ráfaga de viento.

«Es el que utilizamos en la iglesia en los cultos de los domingos», explica el encargado de la bodega cuando celebramos la presencia del aparato.

Todos los presentes hacen parte de lo que ellos llaman la Iglesia, que no es más que una congregación evangélica que funciona en Pereira, y que reúne gente de los sectores menos favorecidos, de los barrios menos favorecidos de la capital del departamento. Reciben a todo tipo de desesperados, necesitados del amor del prójimo, huérfanos de fe, desplazados del catolicismo, víctimas de engaños, profesionales entregados al vicio, ex convictos y satánicos que huyen del diablo. Como Fernel, el pequeñito hombre de apenas 1,60 que hace tres meses se alió con Dios y ahora tiene como principal enemigo nada menos que al diablo. A Satán en persona.

Fernel no sólo llama la atención por chiquito. Es sumamente menudo, de cuerpo delgado, huesudo y pobre de músculo; armazón guardado debajo de un bluyín sin color definido, con poco lavado. Es de cabeza grande, Fernel, demasiado grande si se le asocia con su cuerpecito de muñeco. Parece un coco recién pelado al que le pintaron ojos, nariz y boca. Es feo. Y, para mayor desgracia, de aspecto temible. No es su cara en sí lo que impresiona; son sus ojos, su mirada. Ojos grandes debajo de unas pestañas superpobladas de pelo negro y liso que parecen artificiales. Cuando Fernel se decide a mirar a los ojos, de verdad asusta e intimida. Los dos ojos son de color distinto. Uno es gris azulejo y el otro es simplemente gris brillante.

## VI

### Por fin mataron al flaco Arana

Arana era un joven blanco, alto, flaco, pobre, de aspecto pobre y con una mamá enferma a la que, según cuentan en el pueblo, él le pegaba. Arana era un desechable de ciudad, pero ejercía en el pueblo donde nació en 1987, en el barrio Eldorado.

Nunca supimos su nombre, pues todos siempre lo llamaban así no más, Arana, por su apellido. Pasaba por la casa todas las noches casi a la misma hora; bueno, en realidad, en las madrugadas. Se le veía venir tres cuadras antes, desde la esquina del viejo matadero, en la que asomaba su alargada figura regresando de alguna parte, de algún robo, de algún atraco. Y volvía por la calle primera porque ésa era su ruta obligada hacia las ollas del vicio.

Las ollas de ahora eran casas de familia antes. En las que se criaron los Ramírez, los Fernández, donde nacieron las primeras novias, donde se crearon los primeros romances. Ahora son las ollas. Así de simple y doloroso. Las ollas del vicio, a las que llegan los nuevos jóvenes a envenenar sus almas y quemar su cerebros jóvenes.

Y hasta allí, muy puntual, como si se tratara de un colegio de bachillerato, llegaba Arana, el flaco Arana. No

se sabe si es que a esa hora abrían sus puertas, o si a esa hora Arana podía llegar con algo en los bolsillos para el basuco. Tal vez a esa hora Arana dejaba su jornada de trabajo, su turno laboral de atracar turistas, robar a la gente de su propio pueblo; de meterse en las casas y robar gallinas, vasijas de cocina, ropa extendida en las cuerdas de los patios, bicicletas y hasta calzones viejos de abuelas.

Tal vez Arana cumplía estrictamente con su horario diario, antes de salir a disfrutar de su esparcimiento más agradable: soplar basuco y fumar marihuana en una de las piecitas de una de las ollas del pueblo.

Arana, quién iba a creerlo, era un muchacho tímido e introvertido, parecía un buen hombre. Parecía tener sueños y criar esperanzas en la cabeza. De su aspecto físico podría decirse que era simpático. Aunque flaco y un poco desgarbado, Arana tenía facciones atractivas. Podría decirse que era varonil, de ojos negros y cejas pobladas de pelitos bien negros. Cara huesuda la que se le notaba a Arana. «La marihuana y el basuco», decía mi madre cuando se arrimaba a pedir comida o plata. Quizás sí, esas ojeras y esos huesos tan marcados en su rostro eran producto de las sopladadas y las trabas que se metía en las ollas.

Siempre vestía una camisa blanca de manga larga, de botones, como para corbata y mancornas, que algún día perteneció a un ejecutivo bogotano que la perdió en un atraco callejero, de esos que solía perpetrar Arana.

«Ya dizque está usando cuchillo», decía mi madre preocupada cuando lo veía pasar. Es que Arana fue per-

## IX

### Peluches, goles y putas

Julio Bayán tiene nombre de escritor, de beisbolista de las grandes ligas, de cantante puertorriqueño de salsa, de galán latino de telenovela.

Bayán lanza hoy su más reciente novela: *Tiempo perdido*.

El gran Julio Bayán. ¡Hoy, única presentación, por primera vez con la Orquesta Carnaval de Cuba!

¡El pelotero Julio Bayán es Colombia en los Medias Rojas!

El guarachero del sur, «la voz de la nostalgia», el inconfundible Julio Bayán, esta noche en concierto con sus boleros de siempre.

Regresa a la pantalla chica, no se pierda al galán del momento, Julio Bayán, en *Lo que el amor se llevó*, estreno exclusivo a partir de las ocho de la noche, en el Canal de las Estrellas.

Pero no. Este Julio Bayán no es famoso. Nació en Mosquera, Nariño, es morochito y chiquito como personaje de cómic brasileiro, y no tiene más fortuna que la reunión dominical en familia, en su casa del sur de la ciudad.

Bueno, no es un famoso de la farándula criolla, ni su rostro aparece en noticias ni en portadas de revis-

tas, ni en los titulares deportivos, es cierto; pero sí es muy conocido en uno de los prostíbulos más cotizados de Colombia: La 49 del barrio Chapinero de Bogotá, la misma que, cual clínica, abre sus puertas todo el día, todos los días, a su distinguida clientela.

Aunque, valga la pena recordarlo, producto de la pura casualidad, de esas ironías del destino, funciona justo al frente de la prestigiosa Clínica de Marly, sobre la carrera 13 con calle 49 de Bogotá. Ambos sitios atienden las 24 horas del día a sus necesitados.

Sus clientes, los del prostíbulo, reconocen a La 49 más fácilmente como la *fortynine*. Dicho en colombiano nocturno, La Forinai.

Hasta allí llega Julio todas las madrugadas de jueves a sábado, porque trabaja sólo los fines de semana. Sale de su casa del barrio Carimagua a las diez de la noche y hace el recorrido de una hora en una buseta que para en todas partes, pero que no altera el buen genio y la paciencia de Julio. Hombre tranquilo este Julio de Mosquera, Nariño. Hombre sano, de aspecto sano. Y, otra ironía, a Julio no le gustan las putas, pero sabe admitir que vive de ellas, que sobrevive de ellas.

Cinco hijos tiene Julio, y cinco hijos ha criado, levantando, alimentado y sacado adelante, gracias a las putas. «Las hembras», como él prefiere llamarlas.

Llegó a Bogotá en 1972; se vino solo, a buscar nuevos y mejores horizontes, y sobre todo a buscar mejores ingresos que los que le deparaba la pesca artesanal de su pueblo.

Mientras sus recuerdos viajan 34 años atrás, en el ambiente suena el pasodoble de «Manizales del alma», y